



**Miguel Ángel de Gregorio Ariza**  
Catedrático de Universidad  
Editor Jefe de Intervencionismo

## De la infidelidad y la lealtad

### About unfaithfulness and loyalty

Dice un viejo proverbio castellano que la gente de bien, debe dar las gracias por la ayuda recibida. Y puede que sea verdad aunque no es una práctica habitual. Vivimos en un mundo en el que se está convencido de que se nace con todos los derechos y con casi ninguna obligación. Los hijos se creen que las obligaciones son exclusivamente de los padres, los alumnos exigen la enseñanza masticada sin esfuerzo. Decir, o tan siquiera sentir un “gracias”, es una sencilla pero noble correspondencia que satisface al que se entrega desinteresadamente más allá de sus obligaciones. Esta sincera correspondencia es tan inusual en nuestra lengua que ni siquiera se utiliza como fórmula de cortesía. Los padres, esos maestros que dan mucho sin esperar nada a cambio, a veces (las más), cuando los hijos, los colaboradores y los alumnos han crecido, tras un ligero alejamiento, reciben en el mejor de los casos la incompreensión e incluso el reproche.

Gracias, con el significado de “agradecer”, proviene a su vez de la frase latina *gratias agere* (“dar gracias”) y guarda relación con el adjetivo latino *gratus* (“agradable, agradecido”). Con el sentido de “dar gracias” se han creado otras palabras como gratitud o sentimiento que nos obliga a estimar el beneficio o favor que se nos ha hecho o han querido hacer, y a corresponder a él de alguna manera. La correspondencia esperada, por supuesto, no es la sumisión, la reverencia ni la dependencia de por vida.

Preguntaba hace unos días a mis contertulios, la gran mayoría médicos, acerca de sus maestros en la Medicina. Después de un largo silencio, la gran mayoría reconoció que no habían tenido un verdadero maestro al que darles las gracias. Se sentían trabajadores de un sistema catenario y cada uno había realizado su trabajo sin salirse del más estricto deber de jefe o de colaborador.

Como en la infidelidad, mis amigos sentían un vacío emocional por una relación insatisfactoria o tenían presente algún trauma personal no resuelto. En general, con el paso del tiempo la relación idílica inicial de admiración se había transformado en una crítica constante de la imperfección.

Cuando los hijos, los colaboradores o los alumnos han crecido en todos los sentidos y se sienten maduros, en la reivindicación de su independencia se olvidan de los primeros cuidados, de la paciencia de la primera explicación, de las enseñanzas elementales.

Las supuestas virtudes que cautivaron y fascinaron a nuestros hijos y alumnos en los primeros momentos se han transformado en reproches, censuras, recriminaciones incluso en infidelidades y deslealtades. ¿Qué hacer? ¿Cómo actuar? Es difícil, pero quizás, como en la infidelidad, siempre hay un antes y un después. Aceptar que las relaciones han cambiado, y saber apartarse dejando que el tiempo y los sentimientos encaucen el nuevo *status* podría ser una solución.

Lo desconozco, pero puedo creer que el águila se siente feliz de ver que su cría vuela por sí misma y ya no depende ella. Y esto es así, aunque seguro ya no vuelva a verla nunca jamás. En el fondo no importa que no se acuerde de los primeros momentos felices en el nido, el águila cumplió simplemente con su deber. La ventaja del águila es que tampoco se verá obligada a aguantar reproches, ni deslealtades ni infidelidades. Simplemente no verá más a su cría y si se la encuentra no la reconocerá.